

RECENSIÓN · LIBURU IRUZKINA

Romero, Alejandro (2021).
Contubernios nacionales.
Una panorámica ilustrada de las teorías de la conspiración
de la derecha española.
Madrid: Akal.

Carmelo Moreno del Río
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU)

Alejandro Romero es un sociólogo de fina sensibilidad que escribe con alegría los temas que aborda, pero sin un ápice de frivolidad o insustancialidad. Su estudio sobre el humor en la sociología postmoderna, publicado en 2011 en la editorial Fundamentos, sigue siendo uno de los estudios más concienzudos sobre la naturaleza de lo cómico en nuestras sociedades actuales. Si a esto sumamos que uno de sus últimos trabajos ha sido una contribución al *Routledge Handbook of Conspiracy Theories*, un manual colectivo de reciente publicación que trata del estudio de las teorías de la conspiración a nivel internacional, es fácil entender el contenido del libro que aquí vamos a comentar. *Contubernios nacionales* es un análisis documentado y bastante bien pormenorizado de algunas teorías de la conspiración que han sido producidas por la derecha española a lo largo del tiempo, desde los tiempos de Francisco de Quevedo hasta algunas más recientes, como la acaecida durante los atentados del 11 de marzo o en la formación del actual gobierno español de Pedro Sánchez, sin olvidarnos de algunas conspiraciones mundiales que hoy estarían en marcha, como serían la descristianización de Occidente, la homosexualización del planeta, la propagación del virus ideológico feminista o, ya puestos en clave más contingente, la conspiración mundial desatada durante la pandemia del covid-19. El libro está escrito en clave de divulgación científica, utiliza abundante literatura sobre el estudio de distintas conspiraciones pasadas y presentes, pero el tono es divertido y hasta desenfadado —aunque tal vez habría que decir que en muchos momentos la sorna del autor se mezcla con un poco de enfado—: y es que las conspiraciones pueden ser un motivo de burla y de sátira pedagógica, pero también de preocupación.

Dice el autor que conspiraciones ha habido muchas a lo largo de la historia, y por eso es importante distinguir entre las teorías *sobre* las conspiraciones y las *teorías de la conspiración*, que es una cosa bien distinta. En el primer caso, estaríamos ante los estudios que

analizan conspiraciones reales, como aquella organizada para dar muerte a Julio César a manos de su hijo Bruto en la antigua Roma. En estos casos los teóricos tratan de ver cómo se organiza una conspiración, cómo funciona y qué hace que las conspiraciones reales fracasen o triunfen. En el segundo caso, en las *teorías de la conspiración*, estamos ante otra cosa: aquí estamos ante contenedores simbólicos más que reales, ante fabulaciones que los conspiradores fabrican llenándolas con todas aquellas cosas de la realidad que no les gustan, y ante las cuales hay que intentar dar una explicación calmante. En estos casos, la existencia de una conspiración real es lo de menos. Como dice el autor, «el punto de partida [de las teorías de la conspiración] es un gramo de verdad con el cual se edifica una montaña de especulación creativa». O, como dice en otro momento, de forma más cómica por el autor, «no son mentiras, son verdades que madrugan». Romero advierte que pensar en las teorías de la conspiración como si fueran invenciones absurdas, fruto de mentes enfermas, de espíritus alocados, es olvidar que estas teorías tienen sólidas estructuras de plausibilidad. Es verdad, estas teorías son muchas veces indemostrables, pero eso no significa que sean estúpidas. Muy al contrario, las teorías de la conspiración no son simplistas, en la mayoría de las ocasiones son verdaderas estructuras complejas de pensamiento, barrocas y llenas de alambicadas explicaciones. Se diferencian de las teorías científicas en que son difícilmente falsables; tampoco guardan muchas analogías con el pensamiento jurídico-penal moderno, que se inspira en la presunción de inocencia: en el caso de una teoría de la conspiración, la presunción es que siempre existe un culpable y este culpable lo tiene difícil para demostrar lo contrario. «Si usted no cumple le pondrán bombas, y si no hay bombas es porque ha cedido»: esta es la frase que lanzó Mariano Rajoy el 15 de enero de 2007 en el Parlamento español acusando a Rodríguez Zapatero de estar negociando con terroristas de forma conspirativa. Contra la lógica de esta frase, si de verdad te la crees, no hay posibilidad de falsar nada ni aceptar inocencia alguna. Hay en el libro recogidas muchas frases como esta en la historia reciente española. Vistas con perspectiva, dan ganas de reír y llorar a partes iguales.

El libro, de 212 páginas, está organizado en nueve capítulos, que se alternan con abundantes viñetas cómicas dibujadas por El Bute —algunas de ellas, espléndidas— y diversas páginas sueltas dedicadas de forma exclusiva a algunos de los conspirógrafos más célebres de la historia de España, como son Pedro J. Ramírez, el Cardenal Silíceo, Francisco de Quevedo, Lope de Vega, Juan Tusquets, Enrique Jardiel Poncela, Federico Jiménez Losantos, Luis del Pino o Luis «Alvise» Pérez. Hay una página especial dedicada a un político liberal moderado de derechas de principios del siglo xx, Manuel Portela Valladares, conocido masón, acusado de conspirador y objeto de especial burla por la prensa de derechas de la época, ejemplo de que los teóricos de la conspiración son contrarios incluso a aquellas personas con las que hasta podrían compartir algunos principios ideológicos.

En mi opinión, los dos capítulos más relevantes de todo el libro son el tercero y el cuarto. El capítulo tercero habla en profundidad de una de las teorías de la conspiración más universalmente conocidas, que ha sido además bastante transversal desde el punto de vista ideológico: la conspiración judía —esto es, la existencia de un grupo minoritario obstinado

en controlar el mundo y sus distintas naciones; esto es, el destino de los grupos mayoritarios que habitan los distintos territorios del mundo—. Curiosamente en este capítulo, que estudia con profundidad la historia del famoso panfleto anónimo *Los protocolos de los sabios de Sión*, Romero señala que hay razones empíricas para suponer una significativa influencia española en esta historia; concretamente, dos obras satíricas escritas en el siglo XVII por Francisco de Quevedo contra el Conde-Duque de Olivares, político reformista contra el que circularon todo tipo de leyendas e insinuaciones antisemitas: *Execración contra los judíos* (1633) y *La hora de todos y la fortuna con seso* (1635). Básicamente, la tesis de estos escritos es que las aventuras bélicas del reino imperial de España se financiaron mediante dinero de conversos judíos con el fin de esclavizar financieramente al país con deudas cada vez más costosas. Esta tesis se ha reproducido a lo largo de los siglos, especialmente entre aquellos que intentan justificar que, detrás de cada desgracia humana (financiar una guerra es una desgracia, pero perderla es una desgracia que además genera frustración y resentimiento) siempre hay alguien que se beneficia de forma abyecta —aquí la figura de los banqueros es crucial—. La última reproducción de este mismo esquema la hemos conocido, por ejemplo, entre aquellos que afirmaban la existencia de una conspiración para la venta de mascarillas durante la crisis del Covid-19.

El capítulo cuarto es, si cabe, todavía más relevador para la tesis del libro porque explica hasta qué punto las teorías de la conspiración han estado directamente relacionadas con momentos históricos de profundos cambios políticos. A diferencia del ejemplo del capítulo anterior, centrado en el conspiracionismo antisemita, en este capítulo se explica por qué los teóricos de la conspiración han sido siempre más prevalentes entre mentalidades conservadores que entre progresistas. Aunque el autor señala que ha habido también en la historia teóricos de la conspiración de izquierdas, este capítulo de alguna manera demuestra que el peso de estos teóricos ha sido mucho más entre el pensamiento de derechas. Y la razón es muy clara: cuando una sociedad siente que hay movimientos tectónicos que anuncian grandes transformaciones y pronostican cambios en el futuro, una de las primeras reacciones es construir toda una teoría conspirativa centrada en demostrar que existen fuerzas oscuras que atentan contra el orden establecido, contra el *statu quo*.

No es casualidad, como bien se documenta en el libro, que la Ilustración y la Revolución Francesa hayan sido los momentos históricos más proclives a la aparición de estas teorías de la conspiración, ya que coinciden con el momento histórico de la modernidad donde la idea de revolución y de cambio político se vivió con mayor intensidad, y por tanto la reacción ante estos cambios fue igualmente poderosa. El ejemplo más claro, pero no el único, son las famosas *Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobinisme* del abate francés Augustin Barruel publicadas en 1797 (ampliamente difundidas a lo largo de todo el siglo XIX, incluso todavía hoy citadas como referencia insigne del conspiracionismo moderno) donde se anuncia que el jacobinismo no es sino una coalición de tres fuerzas malignas a favor del cambio político: los impíos contra el cristianismo ancestral, los rebeldes enciclopedistas contra el poder político tradicional, y los oportunistas —masones, Illuminati— que se mueven como pez en el agua en tiempos de anarquía para obtener beneficios a partir del

desorden social. Todos estos sujetos, en la medida que son agentes que promueven el cambio social, efectivamente «conspiran» contra el orden social. A partir de ahí, las posibilidades de construir una teoría conspirativa conservadora se amplifican enormemente.

El modelo de Barruel que convirtió a los jacobinos es un símbolo de la maldad conspirativa moderna ha servido para que otros teóricos de la conspiración hayan copiado esta fórmula con mayor o menor éxito a lo largo del tiempo. Así, en España, por ejemplo, Romero consigna conspirógrafos que han visto versiones del conspirador jacobino en los siguientes casos: en todos los nacionalistas periféricos que quieren romper España, en todos los españoles que están a favor de la inmigración porque en realidad lo que quieren es islamiar el país, en todas esas españolas feministas que quieren acabar con la familia tradicional, y, por supuesto, la última variante, todos esos españoles que han aprovechado la oportunidad de una crisis sanitaria para implantar un régimen bolivariano donde la libertad brilla por su ausencia. Todas estas versiones, explicadas en distintos capítulos del libro, forman parte del mismo esquema conspirativo que, de forma recurrente, han amenazado la existencia del orden natural de España a lo largo de los últimos años.

El libro termina con el capítulo final donde se explica cómo fabricar una teoría de la conspiración. El autor explica que la tarea no es fácil porque el mundo suele ser bastante errático, siempre hay hechos que no son fácilmente explicables porque las acciones humanas generan consecuencias no deseadas, son contingentes, aleatorias. Pero un teórico de la conspiración suele ser alguien tenaz. De forma irónica, Romero recomienda a aquellas personas que quieran fabricar teorías conspirativas que se las tomen muy en serio, que no hagan bromas o parodias con ellas, porque estas teorías, una vez son lanzadas al mundo exterior, ya no se pueden controlar. Y el día menos pensado, algún fanático puede acusarte a ti, al fabricante de esta teoría conspirativa, de traidor, porque ya no te crees demasiado aquello que un día propagaste alegremente. Sí, las teorías conspirativas pueden ser muy divertidas, pero también pueden ser un boomerang del cual hay que intentar escapar. En suma, este libro ofrece una magnífica reflexión pedagógica sobre este fenómeno. Aunque, al estar financiado por el *Consejo Superior de Investigaciones Judeomasónicas*, es posible que suscite suspicacia en algún lector especialmente escéptico.